

Nacional de Educación a Distancia. Violencia y salud. Este es el tema que centrará hoy los aproximadamente 20 minutos que dedicamos cada martes a tratar aspectos relacionados con la salud. ¿Somos una sociedad violenta? Para hablar de este aspecto de nuestras vidas, que es ya desgraciadamente un hecho cotidiano, contamos con la presencia en el estudio de Maripaz Mompar, directora del curso de nivelación de ayudantes técnicos sanitarios que imparte la UNED, y con el doctor Enrique Vaca, jefe del servicio de psiquiatría de la clínica Puerta de Hierro de Madrid. Maripaz Mompar.

Pero tío, es que no me has visto, ¿eh? Que no me has visto Te voy a matar, cabrón ¿Pero qué vas a matar? Sí, pero eres un gilio, hombre Te voy a matar, hombre Venga, venga Quizá cualquiera de nosotros Ha expresado alguna vez Su enfado o su furor Con una u otra de estas expresiones o similares Con frecuencia, con demasiada frecuencia Se oyen tales frases Las que hemos recogido al principio O algunas otras En una calle cualquiera de una de nuestras ciudades La violencia, es evidente Ha tomado carta de naturaleza como actitud en la sociedad actual Y en casos extremos Ha llevado algunas de estas sociedades A los fenómenos de terrorismo, tortura o guerras inevitables Pero no hay que llegar a casos extremos Los accidentes laborales, muchas veces Los problemas del tráfico La situación

de violencias familiares, las situaciones de enfrentamientos entre personas que forman parte del mismo grupo de trabajo, son la moneda cotidiana de toda nuestra convivencia diaria. Porque en realidad somos una sociedad violenta. Todas estas cuestiones se podrían decir sobre la violencia, pero en realidad somos una sociedad violenta. Doctor Baca, jefe de servicio de psiquiatría de la clínica Puerta de Hierro de Madrid. En general podemos decir que somos una sociedad que tiende a incrementar las cotas de violencia que habitualmente se tenían. Y digo esto porque la violencia evidentemente está asociada a los factores culturales sin duda.

y también al índice de lo que podríamos llamar grado de frustración social. Cuando en determinados momentos históricos y en determinados momentos de la evolución de un país las expectativas aparecen como más fáciles, aparecen como más posibles, aparecen como más al alcance de la mano, la frustración de esas expectativas, y quizás después tendremos ocasión de poder explicar esto un poco más, la frustración de esas expectativas genera inmediatamente mayor tensión y esa tensión evidentemente se materializa en una proclividad hacia la actitud violenta de la gente con respecto al resto de las personas. Es decir, se genera algo así como una vía de escape falsa, pero una vía de escape de las frustraciones que no están directamente ligadas a veces con el hecho puntual, con la circunstancia concreta que desencadena el acto violento. Ahora, en líneas generales yo podría decir que las sociedades mediterráneas, las sociedades de nuestra cultura, son, con una frase, si es así, si es así,

más coloquial, son menos violentas que gritonas. Es decir, la expresión del disconfort, la expresión de la agresividad incluso, se hace más mediante gestos verbales, mediante amenazas, mediante expresiones, que mediante la acción violenta directamente dirigida a producir daño en el otro. En ese sentido, las sociedades más nórdicas, las sociedades, por ejemplo, anglosajonas, se da más ese fenómeno que nos sorprende y nos horroriza a veces de la explosión inmotivada de personas que previamente habían tenido una actitud aparentemente pacífica e incluso cortés. Esto es más raro de ver en los países mediterráneos. En el país mediterráneo, el violento, por así decirlo, se le ve venir. En circunstancias, estoy hablando, claro, que no haya por medio ninguna alteración mental grave que supone otro tipo de cosas. Estoy hablando del ciudadano medio normal. Por tanto, yo diría que somos una sociedad más expresiva de nuestra agresividad, pero no necesariamente más violenta que otras sociedades más del norte. Aparte de estos dos factores... que usted ha señalado, que uno podría ser el factor coyuntural...

cultural de la sociedad y otro, pues en cierto modo, los ámbitos geográficos en que cada uno se ha tocado vivir, ¿hay algún otro factor que pueda influir más en las actitudes violencias de una sociedad? Yo casi diría que más que de la sociedad ya podríamos pasar a referirnos concretamente al individuo, al individuo violento. El individuo violento lo es fundamentalmente, no digo exclusivamente, pero fundamentalmente por dos mecanismos. Porque se siente frustrado, es decir, porque él necesita o quiere obtener un determinado bien o una determinada cosa y encuentra un obstáculo que le parece insalvable en la conducta tendente a conseguir ese objetivo. O porque tiene miedo. La frustración como causa de la violencia está muy estudiada y es un fenómeno que todo el mundo, todos nuestros oyentes, pues seguro que ya lo conocen. A veces se menosprecia el papel del miedo en la génesis de la violencia. Muchos violentos lo son porque están asustados. ¿Por qué? Y entonces la violencia aparece con un carácter

defensivo.

que no por ello, no por ello, es menos destructiva. Incluso aunque parezca paradójica, la violencia de la persona asustada, de la persona acorralada, es mucho más destructiva que la violencia de la persona frustrada. Esos son los dos mecanismos básicos. Ahora, esos dos mecanismos se complican extraordinariamente cuando aparece una tercera posibilidad que es subyacente a estas dos que acabo de decir, que está un poco como más profunda, que es cuando el objeto de la violencia se nos transforma en eso, en un objeto. A ver si puedo explicar esto en dos palabras. Generalmente, nosotros cuando nos sentimos irritados, cuando nos sentimos agresivos, cuando de hecho, incluso, espero que en pocos casos ejercemos nuestra violencia, la ejercemos siempre sobre otra persona, sobre otro yo. Pero hay veces que se produce un curioso momento donde se le quita a la otra persona ese carácter de persona, ese carácter de, podemos decir, utilizando terminología clásica, de prójimo, o ese carácter de otro yo.

y se le convierte en un objeto. Cuando se da ese paso, es decir, cuando el otro es un objeto, entonces ya la violencia sí es verdaderamente violencia destructiva. Y además es una violencia destructiva que no tiene freno. Porque la violencia de la frustración y la violencia del miedo tienen el freno, si se quiere, un poco como por debajo del respeto al otro, que es alguien como yo. Cuando ese otro, que es alguien como yo, desaparece y se convierte simplemente en un objeto, que es un objeto que obstaculiza mis deseos, o es un objeto que me amenaza y me amenaza con un carácter despersonalizado, entonces esa violencia que se despierta sí puede ser tremendamente destructiva. Fenómenos, por ejemplo, tan actuales y tan tremendos como las agresiones de determinados estados de necesidad patológica, como pueden ser las agresiones de los toxicómanos, o las agresiones mucho más terribles y evidentemente no simplificables hasta reducirla a este extremo. No exclusivamente, sino que tiene muchas más connotaciones.

como las agresiones terroristas, tienen este carácter en el fondo, de que previamente se ha suprimido al interlocutor, se le ha suprimido al objeto de la violencia de toda característica de persona. Simplemente es un objeto a eliminar porque es un objeto a cuestionar. En ese momento, insisto, la violencia humana no tiene parangón en el reino animal, es decir, no tiene medida. Es tremendamente destructiva. Esto en cuanto a la génesis de la situación violenta, ¿podríamos hacer alguna disquisición o alguna aproximación hacia las consecuencias a las consecuencias de la violencia física? Son evidentes, todo el mundo estamos hartos de leer noticias de periódico, estadísticas, pero ¿qué pasa con las consecuencias para la salud mental? Para la salud mental, quizá hasta desde el punto de vista del propio ser violento o de las personas que sufren la agresión. Son obvias y yo creo que importantes, que duda cabe. Si empezamos por referirnos a las consecuencias sobre la salud mental de la persona que sufre la violencia, al margen, ¿qué pasa con las consecuencias?

como muy bien ha precisado, de las evidentes posibles consecuencias físicas, es decir, del daño físico que se pueda generar, yo diría que también ahí hay dos mecanismos. El primer mecanismo de agresión psicológica es la humillación que se produce cuando uno es violentado. Y aquí esta humillación, como es también bien sabido, no está en relación directamente proporcional al daño físico. A veces un daño físico puede ser mucho menos, valga la redundancia, dañino psicológicamente, que a lo mejor un pequeño daño en una situación muy, muy de humillación. La humillación es decir, esa situación de encontrarse inerme, esa situación de encontrarse que uno está privado de sus más elementales derechos en virtud de la agresión de otra persona, de la agresión injusta, de la intromisión injusta de otra persona que en función exclusivamente de la fuerza se introduce en nuestra vida, esto es tremendo. Por ejemplo, el caso paradigmático es el caso de la violación. El caso de la violación, lo tremendo, más que el daño físico incluso, es esta expresión de que uno está en la situación de la humillación. Es una especie de imposición.

violenta, agresiva, destructiva, de la intimidad, la intimidad de uno. Pero aparte de esa humillación, o a partir, mejor dicho, a partir, mejor dicho, de esa humillación, hay dos tipos de respuestas bastante diferentes. Está la respuesta de la rebeldía, que puede generar incluso violencia contra la violencia, en el caso se cierra un círculo, y está la respuesta, aunque nos parezca también extrañamente posible, de la identificación con el violento. Es decir, hay muchas veces que la víctima se identifica con el agresor. No me estoy refiriendo ya al famosísimo traído y llevado síndrome de Estocolmo, sino me estoy refiriendo a la violencia incluso puntiformes, no mantenidas. Hay una también, una también, posibilidad de identificación de la víctima con el agresor. ¿Por qué se produce eso? Pues se produce cuando la humillación es tan insoportable, tan insoportable para el yo de la persona agredida, que la única salida que tiene ante casi la propia destrucción interna, es pensar.

que de alguna manera quien le agredió no tenía tan mala intención, por así decirlo en términos corrientes. También en el caso de las violaciones esto se ve desgraciadamente en ocasiones. Sobre el violento, aunque esto parezca también una cosa curiosa, la principal repercusión psicológica es la degradación del violento como persona. El violento empieza a convertirse en un ser que vive aisladamente en un mundo de objetos. Y si el violento se dedica a hacer de la violencia, mejor dicho, su profesión, es decir, su actividad habitual, está condenado ineludiblemente a la soledad más completa desde el punto de vista afectivo. Esto es por lo que hace que cuando la violencia de alguna forma institucional, y llamo institucional cuando la violencia se ejerce, por así decirlo, en grupo, sea esto el grupo que sea, hay una necesidad de los violentos de agruparse entre sí. Y se generan unas cohesiones tremendas. Y esas cohesiones tremendas son... La única defensa que se tiene...

frente a la despersonalización, a la deshumanización, es decir, a la tremenda soledad que lleva el vivir en un mundo donde los demás son puros objetos a los cuales hay que agredir, hay que quitar de medio. Esto sería algunas de las consecuencias, pero ¿podríamos poner algún remedio previo a la cuestión de la violencia? Es decir, ¿podemos hacer algo por evitar que se produzcan estas terribles situaciones violentas y sus consecuencias que usted nos acaba de enumerar? Desde el punto de vista, digamos, general, evidentemente un marco social, un marco de convivencia donde la frustración no fuese un asunto tan habitual, donde la gente, o sea, ampliase las posibilidades de que la gente tuviese salida, una salida razonable a sus necesidades y a sus motivaciones, evidentemente esto contribuiría a eliminar un poquitín el clima general. ¿Qué? Yo no llamaría el clima general de violencia, sino le llamaría el clima...

general de agresividad, que es un estadio, digamos, previo, una violencia casi potencial más que una violencia actual. Eso evidentemente. Por tanto, cualquier cosa que redunde en el bienestar social de los gentes que vivimos en un país, evidentemente disminuye, tiende a disminuir la violencia. Tiende a disminuir la violencia porque disminuye la agresividad, aumenta el confort, disminuye la frustración. También lo que contribuye a disminuir el miedo. El miedo, insisto, en la medida que ese miedo pueda tener variables o pueda tener factores sociales que lo fomenten o generen situaciones más o menos de inseguridad. Pero a nivel individual, evidentemente, el remedio parece que tiene que ir por otro camino. El remedio tiene que ir por intentar que esa situación tremenda de incomunicación que supone el miedo, que supone el miedo, que supone el miedo, que supone el miedo, que supone el miedo, que supone el miedo. Y eso también lo permiten los demás, el ver al otro simplemente como un objeto.

sea obstáculo, ya sea un objeto a usar, se produzca las menos veces posibles. Evidentemente, ahí ya sí hay un problema que no me atrevería yo a decir de educación sanitaria o de educación en salud mental, me atrevería a decir que es un problema de educación en el sentido más amplio y más noble de la palabra, es decir, un problema de potenciar el desarrollo de la persona en todas sus dimensiones. Evidentemente, un mundo donde los demás son seres como nosotros, pues, despierta sentimientos de solidaridad, despierta sentimientos de cooperación, despierta sentimientos de colaboración, y los sentimientos de solidaridad, los sentimientos de cooperación, los sentimientos de colaboración son el mejor antídoto contra la agresividad y contra la violencia. Y para los que son ya un temperamento violento declarado, ¿se puede considerar que son verdaderos enfermos? En ocasiones sí, en ocasiones sí. Pero yo tendería a restringir esto a... A casos muy concretos y debidamente...

Es decir, evidentemente hay alteraciones de la personalidad, alteraciones de la personalidad que entran en todo el terreno de la psicopatía, en los cuales la violencia, la agresividad, a veces inmotivada, los actos en corto circuito, es decir, las respuestas rápidas, inmediatas y desaforadas a cualquier pequeño estímulo, se dan y constituyen, digamos, un cuadro clínico o una patología, si se me permite la expresión, concreta. Ahora, esto, insisto, debe reducirse a una minoría. Evidentemente, es un tema muy traído y llevado, a veces muy exagerado, determinados padecimientos mentales, en función fundamentalmente del miedo, generan actitudes agresivas o violentas por parte de sus pacientes. También es muy minoritario. La agresividad que estamos hablando, la violencia que estamos hablando, desgraciadamente, la ejercen personas perfectamente sanas. Desde el punto de vista de la tipificación de un perito psiquiátrico. La ejercen personas tremendamente sanas. La violencia que estamos hablando, la agresividad que estamos hablando, desgraciadamente, la ejercen personas perfectamente sanas.

Lo que pasa es que esas personas quizá, quizá, de un punto de vista más comprensivo del concepto de salud, más comprensivo del concepto de desarrollo humano, evidentemente no están todo bien, que debieran. Por eso digo que esa doble acción de mitigarlas o crear un clima social propicio, digamos, a que no se den las conductas o las condiciones para las conductas violentas, y por otra parte, generar mecanismos que en la construcción de la personalidad, en el desarrollo personal del niño, eliminan, pues mediante la eliminación de la imitación, mediante los procedimientos que sean, eliminan esa especie de

considerar al otro como obstáculo. Como objeto de abusar, yo creo que serían por ahí los antídotos verdaderamente útiles. Que a pesar de eso van a existir personas patológicamente violentas, evidentemente, pero vuelvo a insistir y quiero recalcarlo, que siempre, siempre, este tipo de calificación deberá...

restringirse a una minoría muy concreta. Pues muy bien, con estas recomendaciones para la prevención de las actitudes violentas, nada más gracias al doctor Enrique Baca, que ha estado con nosotros esta tarde, el jefe del Servicio de Psiquiatría de la Clínica Portilla de Madrid, y ha expuesto algunas opiniones sobre el problema de la violencia en la sociedad. Muchas gracias, doctor Baca. Gracias a ustedes. Han sido Maripaz Mompar, directora del curso de nivelación de ayudantes técnicos sanitarios que imparte la UNED, y el doctor Enrique Baca, jefe del Servicio de Psiquiatría de la Clínica Puerta de Hierro de Madrid, quienes nos expusieron algunos aspectos de la violencia en nuestra sociedad. La próxima semana seguiremos hablando de este tema en Vida y Salud, pero antes de irnos, vamos a hablar de la violencia en la sociedad. Gracias.

pero centrándonos en otro tipo de violencia, la violencia infantil. Hasta entonces, buenas noches. Y antes de dar paso a Psicología Hoy, nuestro próximo programa, os dejamos con Isabel Quiñones y las noticias de la UNED.